

Fantasmas, vuelos y ornitólogos



Entre el pecho y el ombligo ciertas personas llevan colgando por los campos unas lentes que les acercan el vuelo de las aves. Con lentes parecidas, Galileo impresionó a las damas de su ciudad, sondeó la luna y se aproximó un paso más a la oscuridad sideral. Estos ciudadanos infatigables, viajan por el mundo detrás de un vuelo, se embelesan por una caída en picado o por la coloración de algún pájaro raro e infrecuente. Su actividad, aunque tiene nombre científico –ornitología- va más allá del estudio; su escrutinio está entre el placer del paseante, el gusto estético y la búsqueda del dato inefable. Si ellos miran el cielo, nosotros bajamos la mirada y observamos su tarea, acechamos al observador: ¿Qué buscan, por qué cargan durante horas con ese artefacto que amplía imágenes?

Hagamos una doble historia o recordatorio; una filosófica y otra mítica, para escarbar en sus mentes y encontrar en ellas una huella de algo que dota de fascinación a todo hombre.

La filosófica nos lleva a Aristóteles, para muchos el patriarca de la biología. Nos cuenta el Estagirita que el hombre percibe el mundo sensible por mediación de lo que denominó fantasmas; es decir, la capacidad imaginativa o creadora de imágenes, que hace posible que un dato exterior se haga visible o material en la mente, de la misma manera, por poner un ejemplo didáctico, que la pantalla permite que una imagen proyectada se materialice delante de nosotros en el cine. Lo que “ve” el hombre es, por tanto, fantasmas. Aristóteles nos confesó su incapacidad para comprender y penetrar la naturaleza de esos fantasmas. Si en un principio los fantasmas fueron entidades intelectuales y de naturaleza noética, con el tiempo han venido a significar otra cosa; las famosas presencias desencarnadas de un difunto. Se puede reconocer en ello el origen común del concepto y al mismo tiempo la diferencia de perspectiva y hondura. Los fantasmas del mundo griego, y luego medieval son realidades interiores, fisiológicas y espirituales, poéticas y al mismo tiempo materiales, podríamos decir que en general son mediaciones de encarnación. En cambio, los fantasmas del romanticismo y de la era actual son fantasías exteriores, psiquismos de muertos extraviados y rubicundos, melancolías fúnebres y en general puentes rotos para cualquier mediación o encarnación. Pero no es este el lugar para tratar esta deriva del lenguaje y del pensamiento, sino para detenernos en la atracción que tiene para el hombre la captación de esos “fantasmas” y la relación que tienen con la imaginación.

Para los pensadores antiguos todo conocimiento es dependiente de esta potencia del alma. Sin los fantasmas, el mundo sería un lugar ciego y sordo, y sin la imaginación

como capacidad de recrearlos y fijarlos no habría ciencia. En Grecia y posteriormente en Roma y de una manera cada vez más disgregada en el occidente medieval, la imaginación era una asignatura docente de las más importantes, bajo el nombre de “ars memoria”. Se idearon toda suerte de técnicas para activarla, fijarla y agrandarla. Era un arte poderoso que exploraba las capacidades mediadoras del alma. Mediadoras por que se encuentran entre lo tangible y lo intangible, entre el objeto y el sujeto, entre el mundo y el espíritu. El hombre se sentía atraído por las imágenes que se corporizaban con sus fantasmas y estos proyectaban en el mundo orden y conocimiento. Obsérvese que este arte de memorizar por imágenes está en la base de nuestra ciencia. Así, para organizar el firmamento se dio nombres de animales, objetos y dioses a las ordenaciones de estrellas. Con ello memorizaban el cosmos, como los vikingos a partir de cánticos memorizaban complejas cartografías marinas o los aborígenes australianos todavía conservan sus trazos de cantos míticos, como una memoria del tránsito de sus dioses y animales sagrados por la naturaleza australiana. Todos estos ejercicios son reales, precisos e imaginables, el hombre se movía en un espacio donde lo interior y lo exterior conservaban un puente. Los ciclos estacionales no impedían recordar una realidad ultraterrena, como un canto orientaba la navegación entre acantilados reales y entre el olvido de alguna genealogía familiar, o como un australiano encuentra la fuente o al vecino, con la brújula poderosa de su imaginación colectiva. Cuando el hombre miraba al cosmos no perdía su interioridad, porque entre ambos se despliega el lienzo fantasmal de la imaginación verdadera. Los fantasmas actuales son, como decíamos, seres desencarnados, desconectados y de ahí el miedo atroz e instintivo que provocan. De los fantasmas de Aristóteles a los del cine mortuorio, hay un viaje insospechado de nuestra cultura. Entre estos extremos recordemos a los grandes pensadores Renacentistas como Giordano Bruno que quiso recuperar para la sociedad el arte de la memoria o Paracelso que nos instruía sobre las diferencias entre imaginación verdadera e imaginación fantasiosa. Parece que hoy en día, el lugar que ocupaban estas sutiles mediaciones se sustituyen por artefactos como los prismáticos, que al mismo tiempo que aproximan objetos los alejan, en un paradójico doble movimiento. No obstante entre el prismático y el ojo del ornitólogo de nuestro artículo, todavía subsiste un fantasma hambriento de asombro y de noticias del mundo, y eso explica sus largas caminatas a la intemperie. ¿No buscará la ligereza de una imagen, la intangibilidad de un vuelo, la memoria de otros vuelos y del vuelo como cualidad del alma? ¿No serán como Aristóteles, Giordano, Paracelso, personas que gozan de aquello que va más allá de su mirada y que sin embargo es más íntimo que su propia pupila?

Después de mirar un vuelo de pájaro ¿qué queda? A veces después de horas o incluso de días, nuestro ornitólogo se lleva un breve vuelo ¿tanto esfuerzo para tan eximia conquista?

Pues bien, ese vuelo no desaparece, queda, como expresaría Platón en el Filebo como “pintura en el alma” y esa pintura es fijada por el deseo y el placer, y continuando con el texto De anima de Aristóteles, la “pintura” o fantasma se perpetua en la memoria y se aviva en la imaginación. En ese momento el ojo no necesita mirar, puede descansar y silenciarse, en el ojo del paseante se ha fijado como en cera viva un instante de libertad. Así pues nuestros ornitólogos son acechadores de fantasmas, cultivadores de la imaginación aérea. Creemos pues que practican un oficio antiguo, aunque no lo sepan y nos recuerdan que la inteligencia del hombre lo debe todo a esa sustancia húmeda y secreta que permite que la luz se vierta en iconos y por lo tanto transforma el mundo natural en arte.

Brevemente, recordemos también, que la fascinación por las aves es común a todas las culturas y las criaturas celestes pueblan las geografías más variadas del mito y la leyenda. Tenemos aves solares en la India como Garuda, en Egipto como Harakti-Ra, aves creadoras del universo como Ara e Irik en Borneo, aves con cabeza humana como El ba que representa al alma que se eleva del cuerpo en la muerte. La lista es inagotable. Se dice en el budismo que el arahat vuela espiritualmente, y esta elevación o cualificación está también entre chamanes, místicos y poetas. En el Rig-Veda leemos: “la inteligencia (manas) es la más rápida de las aves” y en el cristianismo esta inteligencia o intelecto se representa como una paloma. Todo hombre tiene en la retina de su corazón un prototipo de Ícaro; un deseo de elevación y libertad. El gran poeta San Juan de la Cruz escribe: “el vuelo alto y ligero; el amor con que arde; la simplicidad con que va”

Una tarde, cualquier tarde, paseando bajo la luz, vemos el paso de un pájaro, es una escena “simple”, pero que “arde” en el ojo y nos da un movimiento de altura y ligereza. Este secreto escondido debe acompañar al que buscando pájaros, encuentra sentidos y nombrando nidos, habita estancias. Después de todo la belleza es la imaginación cuando se eleva.